

EL ESTUDIO DE SANTO TOMAS EN EL MAGISTERIO DE JUAN PABLO II

Se cumplen ahora dos años desde la elección de Juan Pablo II como sucesor de Pedro en la cátedra de Roma. Un período cronológicamente breve, pero de gran intensidad. Entre los muchos desvelos del nuevo Papa ha tenido un puesto destacado su esfuerzo por orientar los estudios de Filosofía y Teología, y más en general, por impregnar de sentido cristiano y auténticamente humano todo el mundo de la cultura.

La coincidencia de estos dos primeros años de pontificado con el centenario de la encíclica *Aeterni Patris* ha brindado a Juan Pablo II una ocasión de oro para reafirmar una vez más la recomendación del Magisterio de estudiar la doctrina de Santo Tomás de Aquino y marcar unas pautas concretas para llevarla a cabo en la situación cultural contemporánea. Las indicaciones precisas, los acentos y modulaciones concretas de sus discursos han de ser ahora asimilados y vividos. Con el deseo de secundarlas, hemos preparado esta nota en homenaje a Mons. Octavio Nicolás Derisi. Gracias a su espléndida labor intelectual y fecunda vida académica, hemos visto arraigar en tierras argentinas un tomismo vivo y vigoroso.

1. — *La participación de Juan Pablo II en el centenario de la "Aeterni Patris".*

Los discursos del Papa centrados directamente en el estudio del pensamiento del Aquinate son dos y están ligados a las celebraciones conmemorativas del centenario de la "Aeterni Patris"¹. El primero fue pronunciado en la Pontificia Universidad de Santo Tomás (*Angelicum*), el 18 de noviembre de 1979, en Roma. En esa ocasión Juan Pablo II quiso unirse también al recién terminado Congreso de filósofos cristianos, que tuvo lugar en Embalse (Córdoba, Argentina) con una cualificada participación internacional. Estas fueron sus palabras casi al comienzo del discurso: "El Encuentro promovido por la

¹ Citaremos los dos discursos con I y II respectivamente. Los números árabes indican las partes del discurso, tal como suele aparecer dividido el texto en *L'Osservatore Romano*. La traducción castellana es nuestra.

«Sociedad Internacional Tomás de Aquino» se une idealmente al que se ha celebrado recientemente cerca de Córdoba, en Argentina, por iniciativa de la Asociación católica argentina de filosofía, que ha querido conmemorar el mismo aniversario, invitando a los más grandes exponentes del pensamiento cristiano contemporáneo a confrontarse sobre el tema «La filosofía del cristiano hoy». (I, 1). El otro discurso es el que ha dirigido recientemente el Papa a los participantes en el VIII Congreso Tomista Internacional, durante la audiencia que les concedió en Castelgandolfo el 13 de septiembre de 1980.

Aparte de estos discursos es necesario recordar que en la Constitución apostólica *Sapientia christiana*, con todo su peso de ordenación jurídica de los estudios eclesiásticos, se citan las disposiciones del Concilio Vaticano II sobre esta materia y la carta *Lumen Ecclesiae* sobre Santo Tomás de Aquino, escrita por Pablo VI el 20 de noviembre de 1974, tanto al tratar de la Teología como de la Filosofía. Además, en sus visitas a varias universidades pontificias y otros centros educativos de diversos países, el Papa ha insistido oportunamente en este tema².

Entre los dos discursos principales, pronunciados a la distancia de menos de un año, se observa una continuidad e insistencia en los mismos puntos fundamentales, aunque con acentos y desarrollos diferentes. Lo común es la afirmación de la gran actualidad que siguen teniendo las orientaciones de la *Aeterni Patris* y el esfuerzo por proponer sugerencias que faciliten su puesta en práctica eficaz e incisiva en la situación presente.

La diferencia estriba sobre todo en que la primera alocución se centra más en el pensamiento filosófico de Santo Tomás, caracterizándolo como filosofía del *actus essendi*; mientras que la segunda trata de la actitud del Aquinate en la investigación, que el Papa sintetiza como fidelidad a la voz de la realidad creada en la filosofía y a la voz de la Iglesia en la Teología.

Juan Pablo II propone un estudio de Santo Tomás atrayente e incisivo, no polémico, constructivo, realizado con elegancia humana y en contacto con los problemas actuales. El mismo tono de los discursos, a cuya lectura quiere invitar este comentario, refleja ya esas características de serenidad, equilibrio y optimismo, capaces de impulsar con nuevo estilo esta tarea, superando ciertos defectos, muy comprensibles, del renacimiento tomista de los últimos cien años.

2. — Significado y actualidad de la *Aeterni Patris*.

Como es sabido, en los últimos años más de un historiador ha interpretado esta encíclica de León XIII en clave más o menos política, acercándose a ella

² Vid. Discursos pronunciados en las Pontificias Universidades Lateranense (16-II-80) y Gregoriana (15-XII-79), en el Institut Catholique de París (1-VI-80), en la UNESCO (1-VI-80), en la parroquia San Pío V de Roma (28-X-79).

con una óptica principalmente humana. Por eso cobra especial relieve la declaración de Juan Pablo II sobre la auténtica finalidad de ese documento: "Sin ninguna duda el fin primario del gran Pontífice, al dar ese paso de importancia histórica, fue el de volver a proponer y desarrollar la enseñanza sobre las relaciones entre fe y razón del Concilio Vaticano I, en el que participó muy activamente como obispo de Perugia. Los padres conciliares habían dedicado, en efecto, particular atención a este tema candente: en la Constitución dogmática *Dei Filius*, al tratar de *fide et ratione*, concordemente se habían opuesto a las corrientes filosóficas y teológicas contaminadas por el racionalismo dominante y, sobre la base de la Revelación divina transmitida e interpretada fielmente por los precedentes Concilios ecuménicos, ilustrada y defendida por los Santos Padres y Doctores de Oriente y Occidente, habían declarado que fe y razón, lejos de oponerse, podían y debían andar de acuerdo" (I, 3).

Juan Pablo II menciona en los dos discursos el conflicto entre racionalismo y fideísmo, existente dentro de la cultura cristiana en el siglo XIX (cfr. II, 2). Precisamente, "la persistencia de los violentos ataques por parte de los enemigos de la fe católica y de la recta razón indujo a León XIII a reafirmar y a desarrollar en su encíclica la doctrina del Vaticano I" (I, 3). Como remedio concreto y para hacer operativa la doctrina del Concilio, el Papa Pecci se propuso "imprimir un nuevo rumbo a los estudios dentro de la Iglesia" (II, 2) e instaurar la filosofía cristiana según la mente de Santo Tomás. Una instauración que, según Juan Pablo II, tiene este preciso sentido: *representar* "el pensamiento perenne de la Iglesia en la límpida y profunda metodología del Doctor Angélico" (II, 2).

"Después de cien años de historia del pensamiento —afirma el Papa—, estamos en condiciones de sopesar lo ponderadas y sabias que fueron esas valoraciones. Con razón, pues, los Sumos Pontífices sucesores de León XIII y el mismo Código de Derecho Canónico (cfr. can. 1366, párr. 2) las han recogido y hecho propias. Como es sabido, también el Concilio Vaticano II prescribe el estudio y la enseñanza del patrimonio perenne de la filosofía, del que es parte insigne el pensamiento del Doctor Angélico" (I, 5). Después de citar textualmente algunas de esas indicaciones conciliares, Juan Pablo II concluye: "Las palabras del Concilio son claras: en la estrecha conexión con el patrimonio cultural del pasado, y en particular con el pensamiento de Santo Tomás, los Padres han visto un elemento fundamental para una adecuada formación del clero y de la juventud cristiana y por lo tanto, en perspectiva, una condición necesaria para la deseada renovación de la Iglesia. No es el caso de que afirme aquí mi voluntad de dar plena ejecución a las disposiciones conciliares, puesto que me pronuncié explícitamente en ese sentido ya en la homilía del 17 de octubre de 1978, el día siguiente a mi elección a la Cátedra de Pedro (cfr. AAS, 70, 1978, pp. 921-923) y después en tantas otras ocasiones" (I, 5).

No es difícil descubrir la analogía existente entre los pontificados de León XIII y Juan Pablo II. La divina Providencia ha confiado a los dos la difícil tarea de poner en práctica las decisiones de un Concilio ecuménico terminado poco antes. Por lo que se refiere al tema que nos ocupa el Papa actual puede declarar que “desde el inicio de mi Pontificado no he dejado pasar ocasión propicia sin recordar la excelsa figura de Santo Tomás, como por ejemplo, en mi visita a la Pontificia Universidad “Angelicum” y al Institut Catholique de París, en la alocución a la UNESCO y, de forma más o menos explícita, en mis encuentros con los Superiores, Profesores y alumnos de las Universidades Pontificias Gregoriana y Lateranense” (II, 1). Podríamos mencionar aún otras ocasiones. Por ejemplo, en una de esas visitas pastorales de los domingos por la tarde a las parroquias de la Urbe, que sus feligreses romanos agradecen con tanto calor, Juan Pablo II abría así su corazón a los sacerdotes y religiosos: “Nuestro tiempo exige, en primer lugar, profundas convicciones filosóficas y teológicas. Muchos naufragos en la fe y en la vida consagrada, pasados y recientes, y muchas situaciones actuales de angustia e incertidumbre tienen su origen en una crisis de naturaleza filosófica. Es preciso cuidar con extremada seriedad la propia formación cultural. El Concilio Vaticano II ha insistido en la necesidad de tener siempre como maestro y doctor a Santo Tomás de Aquino, porque sólo a la luz y sobre la base de la *filosofía perennem* se puede fundar el edificio lógico y exigente de la Doctrina Cristiana. León XIII, de venerada memoria, en su célebre y siempre actual encíclica *Aeterni Patris*, de la que este año celebramos el Centenario, confirmó e ilustró de modo admirable la validez del fundamento racional para la fe cristiana. De ahí que nuestra primera preocupación debe ser hoy la verdad, tanto por nuestra necesidad interior como para nuestro ministerio. ¡No podemos sembrar el error o dejar en la sombra de la duda!”³.

3. — *La preferencia del Magisterio por Santo Tomás de Aquino.*

El Papa se detiene a explicar el sentido y alcance de la preferencia otorgada por la Iglesia a Santo Tomás. “Lejos de ser una preferencia exclusiva —ha afirmado en septiembre de 1980—, se trata de una preferencia ejemplar, que permitió a León XIII declararlo: *inter Scholasticos Doctores, omnium princeps et magister*”. Con palabras semejantes se expresaba un año antes en el “Angelicum”, al hablar de “favor preferencial” (I, 5) y al explicar que, con la *Aeterni Patris*, León XIII quiso “proponer a los profesores y estudiantes de filosofía y teología un modelo incomparable de investigador cristiano” (I, 4). Por eso Juan Pablo II emplea la expresión “primado pedagógico” (I, 4).

Pero ¿cuáles son las cualidades que han hecho merecer a Tomás de Aquino esta singular preferencia por parte del mismo Magisterio de la Iglesia? En el

³ *L'Osservatore Romano*, 29/30-X-79.

"*Angelicum*", el Papa las resumió en tres: 1) "haber profesado un obsequio pleno de la mente y del corazón a la Revelación divina (...) extendido por el Aquinate a los Santos Padres y Doctores, en cuanto testigos concordes de la Palabra revelada" (*ibid.*); 2) "el gran respeto que profesó por el mundo visible, como hechura y, por tanto, vestigio e imagen de Dios creador" (*ibid.*); 3) "la sincera y total adhesión (...) al Magisterio de la Iglesia", sin limitarlo "al solo Magisterio solemne e infalible de los Concilios y de los Sumos Pontífices. Esto es un hecho muy edificante y digno de ser imitado también hoy por cuantos desean conformarse a la Constitución dogmática *Lumen Gentium* (n. 25)" (*ibid.*).

Un año después Juan Pablo II ha insistido en los mismos motivos, al exponer de modo sugestivo que Tomás de Aquino descuella no sólo por la profundidad, claridad y equilibrio, "sino todavía más por el vivísimo sentido de fidelidad a la verdad, que puede llamarse también *realismo*. Fidelidad a la voz de las realidades creadas, para construir el edificio de la filosofía; fidelidad a la voz de la Iglesia, para construir el edificio de la teología" (II, 2). Como se ve, todos los motivos giran en torno al quicio de la armonía entre fe y razón, maravillosamente vivida por Tomás de Aquino en su investigación y docencia universitaria.

Sin embargo, la preferencia concedida al Aquinate no se reduce a proponerlo como ejemplo en cuanto al método y a las actitudes necesarias para el estudio de la filosofía y de la Doctrina revelada. El Papa habla de "preferencia otorgada por la Iglesia al método y a la doctrina del Doctor Angélico" (II, 2). Además en su primer discurso en el "*Angelicum*" explica la conexión entre ambos aspectos, al afirmar que "las tres cualidades mencionadas, que acompañan todo el esfuerzo especulativo de Santo Tomás, son también las que han garantizado la ortodoxia de sus resultados" (I, 5). Gracias a esa fidelidad a la voz de la creación y a la voz de la Iglesia, Tomás de Aquino elaboró una doctrina de valor permanente que es "una parte insigne" (I, 5) del patrimonio perenne de la filosofía, y también con esas disposiciones podremos nosotros continuar la misma tarea, según que la reflexión filosófica y teológica no se apoye sobre un «fundamento inestable», que la torne «oscilante y superficial», es necesario que vuelva a inspirarse en la «sabiduría áurea» de Santo Tomás, para sacar de ella luz y vigor en la profundización del dato revelado y en la promoción de un oportuno progreso científico" (I, 5). Juan Pablo II hace suyos estos criterios y confirma su plena vigencia, diciendo que "ni siquiera la teología podrá renunciar a la filosofía de Santo Tomás" (I, 6). No se trata, por lo tanto, de *recomenzar* la tarea con las disposiciones de Santo Tomás, sino de *proseguir* con esas disposiciones una labor cargada de frutos cuyo abandono supondría una pérdida y un daño notables para la vida de la Iglesia y de la humanidad.

4. — *La filosofía del ser y su apertura.*

Juan Pablo II llega al núcleo fundamental del pensamiento filosófico de Tomás de Aquino cuando lo presenta como “filosofía del *ser*, esto es del «actus essendi», cuyo valor trascendental constituye el camino más directo para ascender al conocimiento de Dios, Ser subsistente y Acto puro. Por este motivo, podría incluso llamarse filosofía de la proclamación del ser, canto en honor de lo existente” (I, 6).

De ahí surge, según el Papa ese rasgo tan importante del Aquinate que es “su espíritu de *apertura* y universalismo, cualidades que es difícil encontrar en muchas corrientes del pensamiento contemporáneo” (I, 6). Gracias a que su objeto es el ser, la filosofía de Santo Tomás está abierta a todo lo real, “al conjunto de la realidad en todas sus partes y dimensiones, sin reducciones o particularismos (sin absolutizar un aspecto determinado), como lo exige la inteligencia en nombre de la verdad objetiva e íntegra”. (I, 6). Se trata, pues, de una filosofía capaz “de acoger y «afirmar» todo lo que aparece ante el entendimiento humano (el dato de experiencia en el sentido más amplio) como existente determinado en toda la riqueza inagotable de su contenido” (I, 6).

Al poner Tomás de Aquino el ser como punto de mira de la filosofía, ésta se constituye en una “disciplina irreductible a cualquier otra ciencia; más aún, que las trasciende a todas, siendo autónoma con respecto a ellas a la vez que las completa en sentido sustancial” (I, 6). También gracias a eso, la inteligencia se ve como obligada a “llegar al «ipsum Esse subsistens» y a la vez Amor creador, en el que halla su explicación última (y por eso necesaria) el hecho de que «potius est esse quam non esse» y, en particular, el que nosotros existamos... «Ipsium enim esse —afirma el Angélico— est communissimus effectus, primus et intimior omnibus aliis effectibus; et ideo soli Deo competit secundum virtutem propriam talis effectus» (*De Potentia*, q. 3, a. 7 c.)” (I, 6).

Con estos trazos nítidos y fuertes queda profundamente descrita la filosofía de Tomás de Aquino y su valor. Pero, además, según Juan Pablo II, la amplitud del ser resuelve la aparente oposición —para algunos insoluble— entre la preferencia por la doctrina del Aquinate y la estima por la pluralidad de cultura y por el progreso intelectual. El párrafo merece ser transcrito aquí por su fuerza y su saber decir: “¿No se deberá temer quizá que la adopción de la filosofía de Santo Tomás comprometa la justa pluralidad de cultura y al progreso del pensamiento humano? Este temor sería claramente vano, porque, gracias al principio metodológico mencionado según el cual la fuente de toda la riqueza de contenido de la realidad es el *actus essendi*, la «filosofía perenne» puede decirse que tiene de antemano dercho a todo lo que es verdadero con respecto a la realidad. Y viceversa, toda comprensión de la realidad —que efectivamente la refleje— tiene pleno derecho de ciudadanía en la «filosofía del ser», con in-

dependencia de quien tenga el mérito de haber permitido ese progreso de comprensión, y de la escuela filosófica a que pertenezca. Por lo tanto, desde este punto de vista, las demás corrientes filosóficas pueden y deben ser consideradas como aliadas naturales de la filosofía de Santo Tomás, como *partners* dignos de atención y respeto en el diálogo que se desarrolla ante la realidad y en nombre de la verdad completa sobre ella. Esto explica por qué el consejo de Santo Tomás a los discípulos en la *Epistula de modo studendi*: *Ne respicias a quo sed quod dicitur* se deriva tan íntimamente del espíritu de su filosofía" (I, 7).

5. — *Historicidad de la filosofía.*

La relación de la filosofía de Santo Tomás con otras corrientes de pensamiento es objeto de una atención más detenida en el discurso de 1980. Juan Pablo II insiste en el realismo que debe presidir a toda investigación: "En el saber filosófico, antes de escuchar cuanto dicen los sabios de la humanidad, es necesario, a juicio del Aquinate, escuchar e interrogar a las cosas. «Tunc homo creaturas interrogat, quando eas diligentes considerat; sed tunc interrogata respondet» (*Super Job*, XII, lect. 1)" (II, 3). Por eso, "la filosofía no consiste en un sistema construido subjetivamente a gusto del filósofo, sino que debe ser el fiel reflejo en la mente humana del orden real." (*ibid.*)

Así como el Papa abordaba el problema del pluralismo precisamente desde la amplitud del ser, también ahora se enfrenta con otra cuestión de gran actualidad, la de la historicidad del saber, desde el punto que para algunos sería la raíz de la dificultad: el realismo. Porque si se trata de ser fieles a la voz de las cosas reales, parece que éstas vienen diciendo lo mismo desde hace siglos y por tanto a estas alturas de la historia humana, la filosofía habría escuchado perfectamente esa voz. No quedaría otra tarea sino la de repetir lo dicho sin posibilidad alguna de progreso. Juan Pablo II, por el contrario afirma que el "realismo, lejos de excluir el sentido histórico, pone las bases para la *historicidad* del saber, sin hacerlo decaer en la frágil contingencia del historicismo, hoy ampliamente difundido" (II, 3).

Este sentido histórico es patente en Tomás de Aquino, que ciertamente admitía una única Sabiduría absoluta —la divina—, pero muchos sabios por participación. La única Verdad que resplandece en lo creado es recibida en grado diverso y de modo siempre limitado por la mente humana. De ahí que en la investigación filosófica habla la realidad, pero no es uno solo el sujeto que interroga sino muchos. Así lo expresa Juan Pablo II: "después de haber escuchado la voz de las cosas, Santo Tomás escucha respetuosamente cuanto han dicho los filósofos, para valorarlo, confrontándose con la realidad concreta" (II,3). Se trata, pues, de ver qué hay de verdad y de error en esas opiniones, teniendo en cuenta sin embargo que "es imposible que el conocer humano y las opinio-

nes de los hombres estén totalmente privados de verdad (*ibid.*). El Papa recoge sobre este punto varios textos de Santo Tomás. He aquí quizá el más significativo: “*Licet enim aliquac mente sint tenebrosae, id est sapida et lucida sapientia privatae, nulla tamen adeo tenebrosa est quin aliquid divinae lucis participet... quia omne verum, a quocunque dicatur, a Spiritu Sancto est.*” (*Ibid.* Lect. 3, n. 103) (*ibid.*).

Juan Pablo II expone la actitud de Santo Tomás, pero con la mirada puesta en el apostolado que se debe realizar hoy en el campo intelectual. Por eso considera que “esa presencia de verdad, aunque sea parcial e imperfecta o incluso reformada”, que encontramos en todas las opiniones en como “un puente que une a cada hombre con los demás y hace posible el acuerdo, cuando hay buena voluntad” (II, 3). Posiblemente con la intención de corregir actitudes nacidas de preocupación por la verdad, pero quizá polémicas y poco atractivas, que no hacen amable la doctrina, el Papa resalta cómo Santo Tomás escuchó con respeto “a todos los autores, aun cuando no podía condivider enteramente sus opiniones: incluso cuando se trataba de autores precristianos o no cristianos, como por ejemplo los comentaristas árabes de los filósofos griegos” (II, 3). Pone de relieve el “optimismo humano” del Aquinate que, ante el lenguaje oscuro e imperfecto de los primeros pensadores griegos, mira lo que intentan decir, sin quedarse en la literalidad de sus expresiones (cfr. *ibid.*). Destaca también que cuando “se trata de grandes Padres y Doctores de la Iglesia, entonces trata siempre de encontrar el acuerdo más en la plenitud de verdad que poseen como cristianos, que en el modo en que se expresaban aparentemente diverso del suyo” (II, 3).

Santo Tomás fue “comprensivo con todos, sin dejar de ser clara y sinceramente crítico, siempre que sentía el deber de hacerlo, y lo hizo con valentía en muchos casos” (*Ibid.*). No se trata, pues, de una actitud confusa o ingenua, ni de renunciar a las verdades sólidamente probadas que uno posee, sino de comprender a los demás y de estudiar serenamente y con seriedad sus doctrinas. “Este método realista e histórico, fundamentalmente optimista y abierto, hace de Santo Tomás no sólo el «Doctor Communis Ecclesiae», como lo llama Pablo VI en su hermosa carta «Lumen Ecclesiae», sino el «Doctor Humanitatis», porque está siempre preparado y dispuesto a recibir los valores humanos de todas las culturas” (II, 3).

6. — *La filosofía y la teología.*

Como ya hemos apuntado, el Papa recuerda que el realismo de Santo Tomás implica fidelidad a la voz de la Iglesia en el caso de la teología: “*Magis standum est auctoritati Ecclesiae... quam cuiuscumque Doctoris*” (*S. Th.* II-II q. 10, a. 12). Es esta adhesión total al Magisterio de la Iglesia, no sólo solemne, sino

también ordinario, la actitud del Aquinate que el Santo Padre subraya con más fuerza en los dos discursos, deseando que sea imitada también hoy en fiel cumplimiento de las disposiciones del C. Vaticano II.

Luego el Papa alaba la profunda y acertada concepción tomista sobre las relaciones entre la sabiduría natural y sobrenatural: "La verdad filosófica y la teológica convergen en la única verdad. La verdad de la razón se eleva desde las criaturas a Dios; la verdad de la fe desciende directamente de Dios al hombre. Sin embargo esta diversidad de método y de origen no rompe su fundamental unicidad, porque idéntico es el Autor de la verdad manifestada a través de la creación y de la que se comunica personalmente al hombre mediante su Palabra. La investigación filosófica y teológica son dos distintas direcciones de marcha hacia la única verdad destinadas a la unión, no al enfrentamiento, para ayudarse en el mismo camino. Así la razón, iluminada, fortalecida y garantizada por la fe, se torna fiel compañera de la misma fe, a la vez que la fe ensancha inmensamente el limitado horizonte de la razón humana (II, 4).

Una consecuencia importante de la diferencia entre estos dos saberes es que "cualquier filosofía, en cuanto obra humana, tiene los límites del hombre" (*ibid.*). Con gran equilibrio y realismo, el Romano Pontífice aplica esta consideración a la propia filosofía de Santo Tomás, sin disminuir con eso sus excelencias: "Incluso la mejor filosofía, la de estilo tomista, que Pablo VI ha definido muy acertadamente como «la filosofía natural de la mente humana», dócil para escuchar y fiel para expresar la verdad de las cosas, está siempre condicionada por los límites de la inteligencia y del lenguaje humanos" (*ibid.*). Estas palabras pueden ayudar a disipar ciertas tonalidades racionalistas que no pocos seguidores actuales de Santo Tomás reconocen en el tomismo de estos últimos cien años. Notemos de paso también que el Papa no utiliza en estos discursos el término "tomismo", sino que habla sólo de filosofía de "estilo tomista", quizá queriendo dar a entender que dentro de la fidelidad a Santo Tomás pueden convivir diversos enfoques de investigación y evitar la constitución de una escuela o grupo aislado, en una palabra, toda estrechez de miras en el estudio de la doctrina del que es "Doctor humanitatis".

Sentadas las diferencias con respecto al saber teológico, Juan Pablo II, sostiene que "la recta filosofía eleva al hombre a Dios" (*ibid.*): "verus philosophus est amator Dei" (San Agustín) y "la sabiduría consiste en mediar principalmente la verdad acerca del primer principio" (C. G. I, 1). Conocimiento de la verdad, que si es auténtico, es amor de la verdad y del bien, y conduce a desear la Verdad Total y Absoluta que es Dios. El Papa quiere así rechazar la falsa imagen de un Santo Tomás "frío intelectualista" (*ibidem*), cuando en realidad es "un cantor de la primacía de la caridad", que "es madre y raíz de todas las virtudes en cuanto es su forma" (S. Th. I-II, q. 62, a. 4).

7. — *La dignidad del hombre.*

Otro motivo que hace profundamente actual a Santo Tomás es “su altísimo sentido del hombre” (II, 5). Juan Pablo II desarrolla este tema en los dos discursos citando varias expresiones felices del Aquinate reveladoras de su idea del hombre: la persona es *perfectissimum in tota natura* (S. Th. I, q. 29, a. 3); “el hombre recoge, unifica y eleva en sí todo el mundo infrahumano, como el mar recibe las aguas de los ríos que a él van a parar” (II, 5; cfr. *In III Sent.* prol.); el hombre es como “el horizonte de la creación, donde se juntan el cielo y la tierra”, “el vínculo del tiempo y la eternidad”, “síntesis de la creación” (ibidem). Entre esas expresiones, el Romano Pontífice concede especial relieve a la breve fórmula *ipse est sibi providens* (C. G. III, 81), porque ve reflejada en ella el constitutivo de “la grandeza sustancial del hombre” (I, 9): “El hombre es señor de sí mismo, porque puede proveer por sí y proyectar su destino. Sin embargo —continúa el Papa— este hecho en sí mismo, no decide todavía la grandeza del hombre y no garantiza la plenitud de su autorrealización personal. Lo decisivo es que el hombre se someta a la *verdad* en su obrar; verdad que él no determina, sino que sólo descubre en la naturaleza, y que ha recibido junto con el ser” (I, 9). La dignidad del hombre radica en su libertad, pero una libertad con sentido que tiene como guía y norma la verdad.

Sólo Cristo “revela plenamente el hombre al hombre” (*Gaudium et Spes*, n. 22). De acuerdo con esa afirmación la cristología es, según Juan Pablo II, “el fundamento y la condición primera para la elaboración de una antropología más completa, según las exigencias de nuestros tiempos” (I, 9). Por eso, la profundidad con que el Aquinate ha sondeado el misterio de Cristo, Verbo encarnado, es otro de los motivos de su actualidad. De este modo, “ha inundado también de luz racional, purificada y sublimada por la fe, las cuestiones acerca del hombre: su naturaleza creada a imagen y semejanza de Dios, su personalidad digna de respeto desde el primer instante de su concepción, el destino sobrenatural del hombre a la visión beatífica de Dios Uno y Trino” (I, 9).

8. — *Perspectivas para el futuro.*

“Santo Tomás ha marcado un camino, que puede y debe ser proseguido y renovado, sin traicionar su espíritu ni sus principios de fondo, pero teniendo también en cuenta las modernas conquistas científicas” (II, 6). En estas líneas se resume de modo adecuado la orientación general que Juan Pablo II propone para la conveniente renovación de los estudios tomistas. Analicemos más concretamente las sugerencias del Pontífice.

Por una parte, se propone un contacto más estrecho entre la ciencia y la filosofía: “pueden y deben colaborar mutuamente —afirma el Papa— perma-

neciendo una y otra fieles a su propio método. La filosofía puede iluminar la ciencia y liberarla de sus límites, así como, a su vez, la ciencia puede proyectar luz nueva sobre la misma filosofía y abrirle nuevos caminos" (II, 6).

Esta tarea parece especialmente necesaria tanto por lo que se refiere a la filosofía de la naturaleza como en lo que respecta a la relación entre metafísica y ciencias humanas.

El Papa desea también que se estudien con más profundidad los temas que se refieren al hombre. El Aquinate ha dicho ciertamente "lo esencial acerca de la dignidad del ser humano", pero "todavía queda mucho por indagar en este campo, con la ayuda de las reflexiones mismas ofrecidas por las corrientes filosóficas contemporáneas" (I, 6). En este ámbito de cuestiones, Juan Pablo II recuerda algunos puntos importantes advertidos en el reciente Congreso Tomista Internacional. En primer lugar, la urgencia de estudiar a fondo los principios morales de Santo Tomás, en íntima relación con sus raíces metafísicas, como hacía el mismo Aquinate. Esta propuesta habrá alegrado a aquellos moralistas que no han dejado de trabajar en esta línea tan necesaria para que la moral no se disuelva en simple casuística o en valoraciones subjetivistas. Es justo que recordemos aquí la obra de Mons. Derisi "Los fundamentos metafísicos del orden moral"⁴, que durante años ha sido un punto de referencia firme para esos estudiosos y cuyo interés lejos de disminuir en la situación actual se hace aún más vivo. Es difícil exagerar la importancia de este tema, ya que la separación de la moral con respecto a la dogmática y a la metafísica ha tenido consecuencias graves en la vida de la Iglesia. La otra sugerencia planteada en el Congreso ha sido la de seguir estudiando las cuestiones de moral social, para iluminar y resolver los problemas que plantea al hombre la actual configuración de la sociedad.

Otro de los deseos del Papa es que se preste la debida atención a las corrientes del pensamiento contemporáneo, como lo hizo el propio Tomás de Aquino en su tiempo. Es ésta una tarea que requiere un estudio serio y sin prisas, realizado con serenidad y respeto, y distinguiendo bien los campos de la investigación y de la enseñanza. En efecto, con respecto a la enseñanza, el Santo Padre recuerda que "el Decreto sobre la formación sacerdotal «Optatum totius», antes de hablar de la necesidad de tener en cuenta en la enseñanza las corrientes filosóficas modernas, especialmente las que ejercen mayor influjo en la propia nación", exige que "las disciplinas filosóficas se enseñen de manera que los alumnos lleguen ante todo a un conocimiento sólido y coherente del hombre, del mundo y de Dios, apoyados en el patrimonio filosófico de perenne validez" (núm. 15).

⁴ O.N.DERISI, *Los fundamentos metafísicos del orden moral*, 4ª ed., Ed. Universitas SRL, Buenos Aires, 1980.

Para terminar esta nota, que ha pretendido sobre todo exponer la mente del Pontífice con sus mismas palabras, subrayamos uno de los aspectos más destacados de sus intervenciones, se trata del clima y la actitud que Juan Pablo II recomienda para los estudios sobre Santo Tomás: la exquisita fidelidad al Magisterio de la Iglesia, un estudio orientado hacia la resolución de los problemas actuales, la colaboración entre las distintas ramas del saber, el respeto y comprensión por las opiniones ajenas evitando el espíritu polémico. Quizá podríamos expresarlo con estas otras palabras: estilo auténticamente universitario y elegancia humana. De este modo, el estudio de Santo Tomás, "maestro profundamente humano porque profundamente cristiano" (I, 10), no quedará encerrado en el ambiente eclesiástico, sino que saldrá a la calle —¿no tendrá este sentido que Juan Pablo II haya mencionado a Maritain y Gilson en sus discursos?— para iluminar, con su doctrina y su actitud universitaria, los más diversos ambientes culturales de la sociedad civil.

LUIS CLAVELL
Roma